

LA HISTORIA DEL PRESENTE Y LA EUROPA DE HOY. CONVERSANDO CON TIMOTHY GARTON ASH

Maria Elena Cavallaro



Tu tesis doctoral te llevó al Berlín dividido de los años ochenta para estudiar la Alemania nazi. ¿Qué ocurrió para que acabases dedicándote al estudio de la crisis del comunismo en Europa del Este?

Antes de hablar de mi tesis, quiero regresar a mis años universitarios. Estudié en la universidad de Oxford, mi formación universitaria en Oxford fue muy empírica, en línea con la clásica escuela histórica británica, pero también tuve un profesor que me inspiró enormemente, Tim Mason, un marxista interesado en la perspectiva teórica, y con él profundicé en mi interés específico en la teoría, algo que me sirvió mucho en mis trabajos posteriores. Cuando comencé a estudiar el Tercer Reich la cuestión que trataba de contestar era: ¿qué lleva a una persona a convertirse en un opositor, como Claus von Stauffenberg, y a otra en un colaborador, como Albert Speer? Mientras trabajaba en los archivos de Berlín fui consciente de que al otro lado del Muro la gente se estaba enfrentando a esas mismas cuestiones en su día a día. Así que en

lugar de la Alemania del Tercer Reich decidí estudiar la República Democrática Alemana y la Europa del Este del presente. Irónicamente fue mi deseo por comprender el nazismo lo que me llevó a interesarme por lo que estaba pasando al otro lado del Telón de acero y a tratar de conocerlo con una perspectiva desde abajo. En fin, quería saber qué movía a los ciudadanos a colaborar o a oponerse a esos regímenes comunistas, cuáles eran los factores culturales y sociales que hacían que un sistema dictatorial fuese estable o por el contrario qué factores le empujaban hacia la desestabilización. Estas fueron las preguntas que constituyeron el punto de partida de mis trabajos desde entonces.

Tus estudios sobre Europa del este te acabarían consagrando como uno de los más reconocidos historiadores del tiempo presente. ¿Cómo fueron los inicios? ¿Con qué fuentes contabas para analizar desde la perspectiva histórica la crisis del comunismo?

El término historia del presente en la forma en que yo lo uso se remonta a una reseña de mi trabajo escrita por George F. Kennan en *The New York Review of Books* en 1990, en la cual decía que aquel era un tipo de análisis de la actualidad que utilizaba los instrumentos del historiador. Por lo tanto, es diferente al concepto de historia del presente utilizado en la Europa continental, donde significa más bien lo que en inglés llamamos historia contemporánea, historia del periodo más reciente. En este caso el his-

torizador no puede ser testigo, es decir no hace lo que en alemán se llama *Geschichte der Gegenwart*, que contiene la idea de estar *gegenwärtig*, es decir, estar presente en el tiempo, pero también en el espacio. Las primeras fuentes con las que empecé a trabajar fueron mis ojos y mis oídos. Como sabes, durante muchos siglos el relato de los hechos vividos se consideró como la historia más auténtica. Solo a partir del siglo XIX dejó de ser considerada tan importante. Yo recogí todo tipo de documentos, grabé palabras e imágenes, leí periódicos y diarios oficiales, grabé la cobertura televisiva de los eventos centrales de mi investigación, y luego necesité mucho tiempo para analizar aquella cantidad enorme de material y seleccionar lo que era crucial para mi trabajo. Para mí la historia del presente se hace a través de una presencia física que permite una observación directa de los eventos que se reconstruyen, y de este modo el observador directo adquiere una percepción de la dinámica de los acontecimientos diferente a la que tendrán los demás historiadores. Por ejemplo, para los historiadores de las transiciones en el Este de Europa es muy difícil hoy hacerse a la idea de la incerteza del momento. Nosotros no sabíamos lo que la Unión Soviética estaba dispuesta a conceder, no se sabía que no habría otra matanza como la de la Plaza Tiananmen. Si uno observa las críticas a aquellas transiciones hechas por ejemplo por parte de populistas polacos o húngaros, se das cuenta de que son profundamente ahistóricas, porque lamentan que no se erradicase del todo el comunismo, pero olvidan que mientras la transición se estaba llevando a cabo nadie sabía si el Ejército Rojo iba a intervenir y bloquearlo todo. El principal problema de los historiadores del presente es que no conocen las consecuencias de larga duración de los eventos que describen. Por ejemplo, quién podía entonces pensar que la libre circulación de personas llevaría a una enorme migración del Este hacia Gran Bretaña e influir de manera muy relevante al triunfo del Bréxit. Esto es un claro ejemplo de consecuencias no esperadas. Nadie podía prever tampoco

que el Partido Comunista chino fuese a aprender la lección del colapso de la URSS y lograrse así consolidar aún más su poder. Para resumir la historia del presente es una disciplina con indudables ventajas, pero también con la gran limitación de no saber cuál es el desarrollo posterior.

Detengámonos un poco más en las transiciones en Europa del Este. Tu relato capta el ambiente del momento como solo puede hacerlo alguien que lo vive en primera persona. Por ejemplo, cuando en We, The People describes la frenética actividad en el Teatro de la Linterna Mágica de Praga, epicentro de la revolución de terciopelo checoslovaca. Casi tres décadas después, ¿qué percepción tienes del papel que jugaste? ¿Crees que lograste mantener un equilibrio entre el objeto de estudio y tu participación en los hechos?

Fui una mezcla entre un actor y un observador, o como me gusta decir usando la expresión de Raymond Aron, un *spectateur engagé*. No hay duda de que fui un *espectateur engagé*, fui actor solo en un sentido muy laxo del término, un actor indirecto, podríamos decir. Los textos que escribí entonces tuvieron una influencia significativa en la opinión pública de Occidente y también en ciertos círculos intelectuales del Este. Los más críticos dirán que esto es problemático, que si eres *engagé* tu historia no es objetiva, no es imparcial. A estos les contesto citando a George Orwell: nadie es imparcial ni puramente objetivo, así que la calidad que has de procurar no es la imparcialidad sino la honestidad y la justicia. En *Homenaje a Cataluña*, Orwell advertía a sus lectores cuál era su punto de vista político, pero esto, aunque sin ser imparcial, no le impedía ser justo. Yo fui un historiador *engagé* pero también respeté las reglas básicas de la disciplina, comprobé todos los hechos, todas las fuentes y mantuve siempre un enfoque crítico. Durante las revoluciones, los disidentes hacían circular leyendas que eran útiles a sus intereses políticos, y yo tuve un cuidado extremo en comprobar la veracidad de aquellas supuestas informaciones. Por otro lado, yo siempre estuve

muy interesado en los actores de la otra parte, incluso en la psicología de aquellos que sostenían los regímenes comunistas. Se puede ver en «The File», donde analizo el seguimiento que me hizo la Stasi. Creo que la clave de este libro es que no es una especie de denuncia a la Stasi por parte de una víctima; en realidad no fui una víctima sino apenas una persona sometida a observación. A través de esta experiencia única de estudiar el seguimiento que la policía comunista hizo de mí, entendí por qué los que me espionaron se convirtieron en informadores, por qué entraron en la Stasi.

Hablemos ahora de In Europe's Name. En este libro pusiste a prueba el orgullo de los alemanes occidentales, que veían la ostpolitik de Willy Brandt como la fuerza motriz que habría provocado a largo plazo la crisis de los regímenes comunistas. Lo que tu demuestras es que la intención de la ostpolitik no era tanto impulsar el cambio cuanto promover la estabilidad de las dictaduras. Hoy en día esta interpretación es compartida por la historiografía internacional. Quisiera saber si también en Alemania la han aceptado, o si hay resistencias por la necesidad de alimentar la sensación de orgullo por haber contribuido supuestamente al fin del comunismo.

Creo que el libro tuvo un impacto significativo en Alemania. Actualmente, cuando en Berlín se debate sobre las relaciones con dictaduras como Rusia o China, se percibe claramente la influencia de mi obra y la de otros colegas que analizaron la ostpolitik. Así, por ejemplo, los políticos alemanes son muy sensibles hacia la cuestión de los derechos humanos en esos países y tienen mucho cuidado de no parecer que descuidan a los disidentes. También son muy sensibles a otros aspectos de la ostpolitik que critiqué en el libro, como por ejemplo el hecho de que el gobierno de Bonn pusiera la relación con Moscú por encima de todo al entender que la reunificación alemana no se lograría sin la voluntad de la URSS. Ha habido en este sentido un cambio muy significativo, y hoy Alemania nunca

tomaría una iniciativa hacia Rusia que pudiera ser percibida como perjudicial para Polonia. En este sentido sí que creo que mi trabajo como historiador tuvo un impacto político. Pero mi visión no siempre agrada en Alemania, es cierto. A comienzos de este año me concedieron un premio en Górlitz, en la frontera con Polonia, y allí volvía oír críticas a mi visión de la ostpolitik. Yo entiendo que en la caída del comunismo confluyeron cuatro elementos: 1) la política reformista de Gorbachov; 2) las aspiraciones de los movimientos de oposición; 3) la ostpolitik alemana; 4) la política norteamericana. La combinación no necesaria, no buscada, entre estos cuatro elementos, precipitó la crisis de Europa del Este en 1989. Si solo hubiese faltado uno de estos elementos no se hubiera producido el mismo resultado final. Si solo hubiera habido por ejemplo ostpolitik y reformismo de Gorbachov, y faltase la presión desde abajo en Europa del este, no se hubieran producido probablemente las revoluciones y no hubieran caído los regímenes comunistas. Fue un círculo virtuoso bastante inusual porque las acciones de los actores no fueron intencionales.

Tradicionalmente los estudios sobre las transiciones en la Europa del sur desatendían la influencia internacional. Esto cambió precisamente a raíz de las transiciones en el Este de Europa, que pusieron en evidencia la relevancia de los actores externos. Los primeros estudios sobre este tema de Laurence Whitehead, Charles Powell, o Philippe Schmitter son no casualmente de los años noventa ¿Entiendes que hay otros puntos de comparación, o incluso influencias mutuas, entre las transiciones del sur y del este de Europa?

Hay muchos aspectos que invitan a la comparación. Hablamos de sociedades europeas con rasgos similares. Por ejemplo, algunas eran antiguas potencias convertidas en países periféricos. Una transición pactada y una revolución negociada no son en el fondo tan diferentes. Luego tenemos factores comunes como la voluntad de convergencia con la Europa próspera y de-

mocrática. Pero por supuesto también hay grandes diferencias entre estas sociedades que no pueden ser obviadas. Recuerdo como Raymond Carr contaba al final de su vida que alguien le preguntó a Franco cual iba a ser su herencia, y él dijo que una clase media fuerte. No sé si la historia es cierta, pero desde luego me hace pensar en lo enormemente importante que fue para la transición en España el contar no solo una economía de mercado sino también con una amplia clase media, una burguesía en el sentido del marxismo clásico. Esta situación no se daba en absoluto en el caso de Europa oriental. Otra cosa que me parece muy llamativa es cómo el vocabulario conceptual sobre la justicia transicional utilizado en Europa del sur y América Latina se ha aplicado masivamente a la Europa poscomunista. Personalmente, creo que esto es muy problemático porque se tiende a focalizar demasiado en la justicia sin tener en cuenta el contexto más amplio. Es lo que los alemanes llaman *Geschichtsaufarbeitung*. Hay un problema en esta tendencia a concentrar el análisis en el tema de la justicia que viene de la literatura sobre las transiciones del sur de Europa y América Latina, y que a mi modo de ver no es tan útil para entender en el caso de las transiciones en Europa del Este. Por otro lado, sin embargo, lo que es muy interesante en el caso de España es que sirvió de fuente de inspiración para las transiciones del Este. Mis amigos polacos en 1989 miraban siempre al ejemplo de España, el de una transición pacífica y negociada. Y una de las lecciones que aprendieron fue: amnistía y amnesia; esto es, ocúpate lo menos posible del pasado. Y ahora vemos que no ha funcionado en Polonia, y vemos también que a largo plazo tampoco está funcionando en España.

Algo que tenían en común y se puede comparar entre las transiciones del este y del sur de Europa fue el papel jugado por el europeísmo. Fue muy positivo para ambos casos y representó un elemento de conexión entre política interior y exterior.

Tienes razón, es un aspecto clave. En 1994 Charles Powell y yo organizamos, en el Centro de Estudios Europeos de Oxford, una conferencia comparando las transiciones en España y Polonia. Allí teníamos a los héroes de la transición española hablando con los héroes de la transición polaca. Y en ambos casos resultaba evidente que había existido una enorme atracción hacia Europa, que era vista como inseparable de la agenda interna de democratización. Democracia y Europa fueron las dos caras de una misma moneda.

Como bien dices, las neodemocracias del Sur y el Este compartieron una misma pasión europeísta. Sin embargo, la situación actual es muy diferente. En la Europa meridional parece que el europeísmo sigue siendo fuerte; sin embargo, en la Europa centrooriental está en abierta crisis.

En Polonia, hay partidos populistas euroescépticos en el poder. La diferencia más significativa es que los países de la Europa del sur pertenecen a la Eurozona y constituyen el eslabón débil de este grupo. La diferencia en Europa ya no es entre países del este y del oeste, sino entre los del sur y los del norte. Parte de lo que está pasando está conectado con el hecho que la europeización de la Europa centro-oriental se desarrolló siguiendo el modelo de desarrollo neoliberal, lo que favoreció una liberalización económica extrema, y también una liberalización social muy rápida que ha ampliado los derechos a homosexuales, ha garantizado el derecho de aborto a las mujeres y otros derechos civiles. Lo que está pasando en Polonia y Hungría es una reacción muy intensa a esa combinación de modelo neoliberal en lo económico y liberal en lo social. El partido Prawo i Sprawiedliwość (Ley y Justicia) hace bandera de la protección de la población polaca frente al neoliberalismo económico que solo beneficiaría a la elite y está contra la defensa del principio de igualdad de género. No hay nada parecido en la Europa del sur. España, Grecia y Portugal ya pertenecían a la CEE desde los ochenta. La elección del modelo económico

a seguir fue distinta, la «rebelión» de los últimos años ha sido por ello más contra las políticas de austeridad que contra el modelo económico en sí. Por lo que se refiere a la liberalización a nivel social también hay diferencias, ya que la liberalización en el sur fue más gradual y se desarrolló a lo largo de un periodo más largo. España e Italia por ejemplo tienen una tasa de natalidad muy baja. De manera bastante irónica, la Iglesia es hoy más fuerte en Polonia que en Italia y España.

Estamos en un momento muy difícil de la historia de Europa. El Reino Unido abandona la UE y las instituciones comunitarias parecen incapaces de dar respuestas a los retos del momento. ¿Estamos ante una crisis pasajera o estructural del proyecto europeo? ¿Sigue siendo válida la UE o era apenas un producto de la Guerra Fría sin futuro?

Parafraseando la famosa frase de Winston Churchill sobre la democracia, te diré que esta es la peor Europa posible sin considerar los demás experimentos que se han hecho a lo largo del tiempo. Cuidado con el euroescepticismo. Su ilusión es que uno puede tener todas las ventajas de una cooperación pacífica entre las democracias europeas sin tener las desventajas de la Unión Europea. Pero puede ser que esa ecuación no funcione. Las semillas de las crisis se siembran en el momento de mayor éxito. En este caso podemos datarlas en 1989 con la caída del comunismo y en 1992 con el Tratado de Maastricht. El triunfalismo y la arrogancia que desataron estos dos momentos nos llevaron demasiado lejos demasiado pronto. La idea era, primero traemos a las nuevas democracias centro-orientales a la Unión Europea y garantizamos la libertad de circulación. Y esta libertad de circulación, junto con los efectos de la crisis económica en el sur de Europa ha favorecido la emigración masiva. La crisis de los refugiados y la inmigración dentro de la UE se han convertido en dos de las grandes preocupaciones en algunos países del norte de Europa. Está claro que, a partir de la reacción de Francia e Italia a

la reunificación alemana, la RFA tuvo que acelerar la puesta en marcha de la Unión Monetaria Europea. Yo creo que la UME ha sido el mayor error de todo el proceso de integración europea. No solo fue apresurado el proyecto, sino que esta particular unión monetaria sin una unión fiscal fue un desastre y además contribuyó al Bréxit. Porque el europeísmo británico fue en gran medida instrumental, era una transacción que miraba solo hacia la ventaja económica. Sin duda 1989 abrió las puertas a la liberalización y en cierta medida al populismo como reacción a la liberalización y los cambios económicos, sociales y culturales que trajo consigo. Creo que lo que está pasando hoy en día tiene su origen cercano en ese periodo entre 1989 y 1992.

¿Crees que como historiadores podemos aportar algo al debate actual?

La cuestión a que nos enfrentamos es: ¿puede la memoria colectiva en la forma en que la transmiten los historiadores, periodistas o novelistas substituir la fuerza de la memoria personal? Está claro que desde 1945 hasta 2005 el proceso de integración ha estado marcado por la memoria personal de tres generaciones de europeos, de su memoria de la guerra, pero también de la memoria de dictaduras fascistas en el sur de Europa y las dictaduras comunistas en el este. Hoy gracias a los éxitos de la integración europea tenemos una generación de europeos sin una memoria personal de la dictadura ni tampoco de lo que ha costado el proceso de construcción europea. Esta es la razón por la que no sienten ningún compromiso, ningún lazo con el proceso de integración europea. El verdadero reto para nosotros como historiadores es contar la historia de manera tan vívida y potente que tenga un efecto similar al que tuvo la memoria personal de las generaciones precedentes marcadas por la guerra y la dictadura.

Creo que todo el mundo está de acuerdo en el lema «nunca más» que animó los primeros pasos de la construcción europea tras la segunda

guerra mundial. Pero más allá de eso, cada nación tenía y tiene su propia memoria e identidad, y tampoco a nivel historiográfico creo que se haya avanzado mucho para crear esta memoria colectiva.

Lo que quiero subrayar es que Italia, Francia Portugal, España tuvieron una trayectoria común. Aunque no compartían una misma memoria sobre el pasado oscuro del continente en los años treinta y cuarenta, sí querían caminar juntos hacia un lugar que creían era mejor. Y este lugar era Europa. El problema es que hoy todos estamos más o menos en el mismo lugar y ahora diversos países han empezaron a decir: queremos cambiar de sitio, queremos estar en otro lado.

*En tu último libro, *Free speech. Ten Principles for a Connected World*, haces una defensa férrea de la libertad de expresión, algo que en la era de internet y de la posverdad puede parecer llamativo. Esto me lleva a preguntarte por las leyes sobre la memoria histórica que han proliferado en Europa desde los años noventa. Tu eres contrario a estas leyes que entiendes quieren imponer una verdad e interferir en el trabajo de los historiadores. Este tema ha provocado encendidos debates en España en los últimos años. Por eso considero que es muy interesante conocer tu posición. ¿Podrías explicarnos tus razones para rechazar las leyes de memoria histórica?*

Creo que el punto de partida ha de ser abordar una cuestión crucial: ¿cuán libre tendría que ser la libertad de expresión? Por supuesto yo estoy vehementemente en contra de la negación del Holocausto, de la negación de cualquier tipo de genocidio. Pero la pregunta importante es a través de qué instrumentos se combate el negacionismo. Para explicar mi posición utilizo una distinción muy simple hecha por el politólogo Brettschneider. Él hace una distinción entre las funciones coercitivas y las funciones expresivas del Estado. Si el Estado penaliza el negacionismo del Holocausto utiliza las funciones coercitivas. Si organiza el día de la Memoria

del Holocausto, utiliza sus funciones expresivas. Sería como decir consideramos esta memoria histórica muy importante para discutir más en general sobre la memoria. El Estado tiene que desarrollar una función. Las autoridades públicas, las escuelas, los parlamentos, tienen un papel muy importante para dar forma a la función expresiva del Estado. Pero yo rechazo de manera rotunda el uso coercitivo del poder del Estado, por supuesto también en el caso de la historia. Por su misma naturaleza, la historiografía avanza con la confrontación de hipótesis diversas, que tienen que ser demostradas a través de pruebas documentales. Para ello es necesario que exista la libertad para que cada historiador lance las más extremas teorías. Por ejemplo, Bernard Lewis dijo que lo que pasó a los armenios durante la Primera Guerra Mundial no fue en sentido estricto un genocidio. En Suiza, uno puede sufrir una condena penal por decir que no fue un genocidio. Mientras, en Turquía te pasa justo lo opuesto. Omar Pamuk fue condenado por decir que fue un genocidio. Y hay otros ejemplos. Yo creo que el deber de un historiador es oponerse al poder coercitivo del Estado para establecer la verdad histórica y solo avalar el uso del poder expresivo del Estado.